

LA SOLEDAD DEL CICLISTA

Las piernas me llevan con dificultad mientras subo el primer puerto. Ya sé que es pronto para que empiecen a fallar, pero tal vez es porque no doy más de mí. Esto es lo que he venido a probar, a probarme. Si es verdad que los dos últimos años de mi vida son el resumen de lo que soy, o si las siguientes horas encima de mi bicicleta me pueden mostrar lo que puedo llegar a ser.

Todo comenzó hace varios años, como casi todos los españoles, o eso es lo que nos quieren hacer creer, puede que viviera por encima de mis posibilidades. Buen trabajo, buena casa, eso sí, hipotecada, un buen coche y por caprichos del destino y de la vida, una bicicleta de las mejores en el armario de mi casa.

Podéis pensar que no la sacaba a menudo y estaríais en lo cierto. Ahora, que estoy comenzando a subir el puerto de Somport, puede que comience a arrepentirme de no haberla usado más, pero ya se sabe, lo que teníamos, solía ser para fardar.

Y así transcurría mi vida, trabajando, pagando y de vez en cuando, quitándole el polvo gris de armario a la bici, para cubrirla de una leve capa de polvo gris del asfalto, luego la limpiaba y me pasaba las siguientes semanas, comentando en la oficina lo genial que era la ruta que había seguido aquel fin de semana libre que me dejó mi jefe.

El sudor comienza a caer por mi frente, el calor de la subida me ciega los ojos y no me deja disfrutar del paisaje, bueno, el sudor, y que mi cuerpo comienza a protestar por los esfuerzos a los que le estoy sometiendo.

Quien me lo iba a decir ayer, cuando llegué a Sabiñánigo, y pedí mi dorsal al voluntario de la mesa, que iba a ser tan dura esta prueba, pero claro, si no fuera dura no estaría aquí. Si fuera fácil, no sería ninguna ayuda a mi problema.

Por la mañana, al comenzar la prueba y ver a tantos ciclistas en la línea de salida, más de diez mil, un nerviosismo antiguo, tanto que casi había olvidado cuando sentí uno igual, me invadió. Pero al igual que aquella vez de pequeño, que participé en una carrera y me sobrepuse a mis temores más ancestrales, y eso que solo tenía diez años, algo en mí se volvió a agitar, y los rayos del sol desvanecieron esas nubes de escapada y solo dejaron la determinación que me había llevado hasta ese punto.

Además, la presencia de Edurne Pasaban sirvió de inspiración definitiva para dar el primer pedaleo. Ella, una mujer que ha sido capaz de escalar todos los ocho miles, estaba con nosotros, dándonos su apoyo, al menos, una pequeña porción del mismo me correspondía, y con esa ayuda extra me decidí a comenzar mi prueba personal.

Dicen que en esta prueba, nadie compite contra nadie, que uno compite contra sí mismo. En parte estoy de acuerdo y es cierto, pero también es cierto que en ciertos casos como el mío, cada uno compite contra sus demonios internos. Y por eso estoy aquí, para vencerlos o dejarme vencer.

Llego a la primera cumbre y me sorprende a mí mismo, no creía que iba a llegar. Y aquí estoy, he vencido el primer tramo, pero eso no significa que el final de mi viaje haya llegado.

La bajada me despierta los sentidos, la velocidad que cojo, me asusta, el viento helado sacude mis manos, helándolas e impidiéndome a veces frenar con seguridad. ¿Es esto una señal?, ¿debo parar?, ¿desistir? No. La velocidad me da un nuevo aspecto de la carrera, la verdad implícita que lleva y que si la aceptas, te ayuda en tu viaje. Si controlas tu miedo, si no dejas que te corrompan, la velocidad, si consigues dominarla, es el factor que te acerca más rápido a la meta. Tu meta.

Me dejo llevar. Los avisos de los voluntarios, advirtiéndome de las curvas y lugares más peligrosos, son de agradecer. Son pequeñas advertencias que tienen su símil, con las pequeñas señales que a lo largo de tu vida te van advirtiendo que tu camino se va torciendo.

Yo no lo quise ver. Compañeros despedidos. Cuentas que no salían. Hasta que al final, las señales fueron tan claras como una carta de despido. Una pequeña y amarga sonrisa cruza mi cara, mientras este recuerdo llega a mi mente, y mientras mis piernas me avisan que estamos llegando al siguiente puerto, el Marie-Blanche.

Es curioso, he viajado a muchos lugares del mundo, y la primera vez que piso Francia, lo hago, encima de una bicicleta, sufriendo a más no poder... ¿Dónde está mi desayuno con croissants?

En fin, no me quiero despistar. Los primeros días después de recibir la carta de despido de manos de mi jefe, junto con su falsa sonrisa y su más falsa aun condescendencia, fueron de relax y de certidumbre.

Certidumbre de que en breve encontraría trabajo, que todo volvería a ser igual o mejor que antes. Pero el tiempo pasaba, las ganas de actuar menguaban, y un letargo se iba adueñando de mi vida y de mi interés por lo que me rodeaba.

La autocompasión comenzó a crecer en mí, ocupando cada poro de mí ser y no dejándome avanzar. Avanzar, como lo estoy haciendo ahora. Aun sufriendo, se debe avanzar, y además uno ha de ser capaz de admirar el paisaje y a las personas que lo rodean a uno.

Ahora mismo el entorno no puede ser más idílico. El verde de los arboles me ayuda a concentrarme en mi objetivo, que no es otro que pedalear una y otra vez. Los compañeros que están junto a mí, bueno, para ser sincero, que suelen adelantarme, me dan consejos y me animan. Aunque he de reconocer, y creo que a los demás les pasará lo mismo, que esos momentos de confianzas y palabras, no llenan la soledad del ciclista. Es más, no se los demás, pero yo tampoco lo quiero. Yo necesito estar a solas conmigo mismo, conversar, ser sincero, y es, en estos momentos, circulando por la carretera, cuando soy más abierto conmigo y me reconozco lo que siento, lo que pienso, sin preocuparme de rebuscar en lo más profundo de mi mente y de mi corazón. Eso sí, hasta que el máximo cansancio, que no creo que tarde mucho en alcanzarme, cubra todo mi ser y no tenga espacio más que para sentir mi cuerpo, y sentir sus límites.

En fin, una vez que he repuesto fuerzas en el avituallamiento de Marie-Blanche, y que la siguiente bajada me permite recuperarme un poco, siento que la meta está más cerca. Meta que es el final a un camino que comenzó

seis meses atrás, cuando ya mi vida no era más que un estar en casa, esperando una llamada que nunca llegaba y un anhelo que nunca se cumplía.

Aquel día, siempre me acordaré, si es que consigo lo que busco, casi me mata la bicicleta cuando se cayó del armario al abrir la puerta. Pude apartarme a tiempo, y viéndola en el suelo de parqué de mi casa, fue como una pequeña revelación, no me voy a poner metafísico ahora. Pero si es cierto que me vi a mi mismo tirado en el suelo como un proyecto inacabado, como algo que empezó pero nunca acabó.

La recogí con cariño, la limpié y salí con ella a dar una vuelta. Me despejó un poco la mente. Y ese pequeño claro de luz me dio un objetivo a corto plazo. Debía plantearme un reto. Y como siempre fui un poco cabeza hueca, busqué por internet y descubrí la prueba "Quebrantahuesos". Vi que tenía tiempo, o eso creía, ahí está la gracia y me planteé mi decisión y quién sabe si mi futuro.

Desde aquel momento me dije que si era capaz de llegar a la meta de la prueba, sería capaz de todo. Que en vez de estar tirado en el sofá, esperando que alguien me llamara, podría hacer lo mismo, entrenando y viviendo. Y así lo hice.

Bonitos recuerdos, las ganas iniciales de aquellos días, creo que las he dejado en los kilómetros que preceden al que estoy en estos momentos. El último puerto está frente a mí, mostrándome su fiereza y su grandeza, esperando mi rendición. Las piernas ya no dan más de sí, tengo la vista nublada y ni siquiera sé los kilómetros que faltan.

Frente a mí, con dificultad, vislumbro un recodo en la carretera, un giro brusco a derechas. No veo nada más, mis compañeros pasan a mi lado, a mi parecer, como una exhalación. Eso es que yo casi no me muevo. Sé que si paro no podré volver a montarme. Me obligo a pedalear una y otra vez, aunque cada vez cuesta más, como si llevara bolas de preso atadas a cada uno de mis pies.

Llego al recodo y me llegan voces de ánimo: “Vamos!!!, ya falta poco!!!, Lo conseguirás!!!. Levanto la cabeza, veo a centenares de personas animándonos, animándome a mí: “No te rindas!!!!, Tu puedes!!!

¿Yo puedo?, ¿será verdad?, o la verdad es que la vida va a poder conmigo. Ahora mismo lo único que deseo es poder parar en la vereda del camino y descansar bajo uno de esos árboles que nos han visto pasar a todos y cada uno de nosotros, tal vez podría pensar que riéndose de nosotros, pero sabiendo como los arboles no son como nosotros, seguramente en su interior nos están animando y reconfortando. Quiero ir bajo uno de ellos.

Pero no, he de seguir intentándolo. La camisola abierta me golpea los costados y me espabila un poco. Alguien me tira un poco de agua por la cabeza, que me libera los ojos del picor del sudor y puedo ver que la meta está cerca. Solo faltan unos metros, pedaleo tras pedaleo me voy acercando, me dejo llevar y al final, junto con algún compañero que como yo, hemos sufrido mucho en la carrera, quien sabe si también en la vida, cruzamos la meta.

Me bajo de la bicicleta, nos felicitamos y animamos entre todos, pero la felicitación y el ánimo que necesito están dentro de mí. Lo he conseguido. Esto me demuestra que soy capaz de hacer lo que me proponga. El futuro me

espera y voy a ir a su encuentro. Tal vez tenga que vender la bicicleta de alta gama que me ha ayudado durante esta prueba para poder comenzar con algún proyecto, pero lo que tengo claro es que, sea el proyecto que sea, siempre habrá espacio y tiempo para una bicicleta, aunque sea modesta, y para rutas que recorrer y disfrutar.